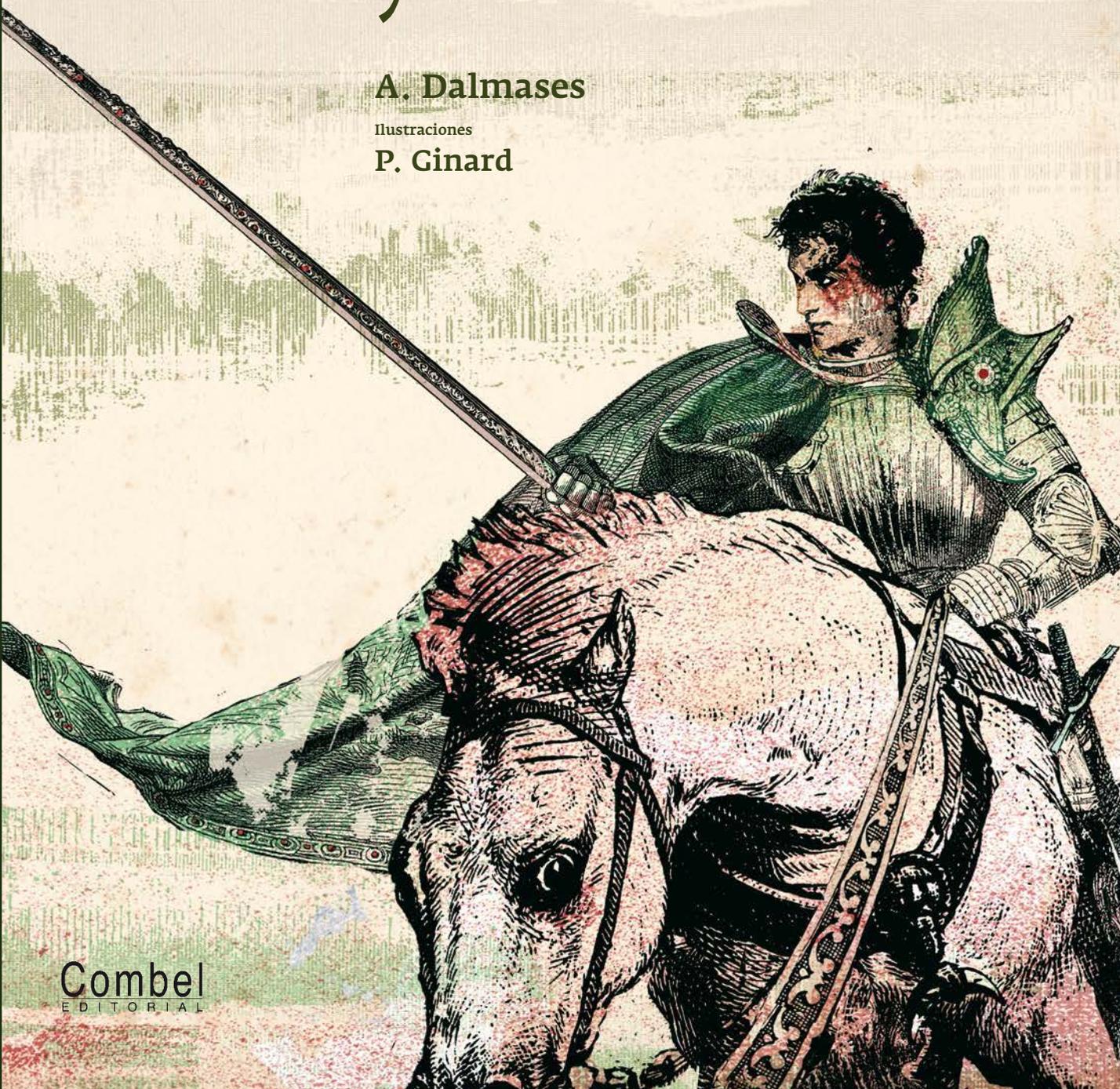


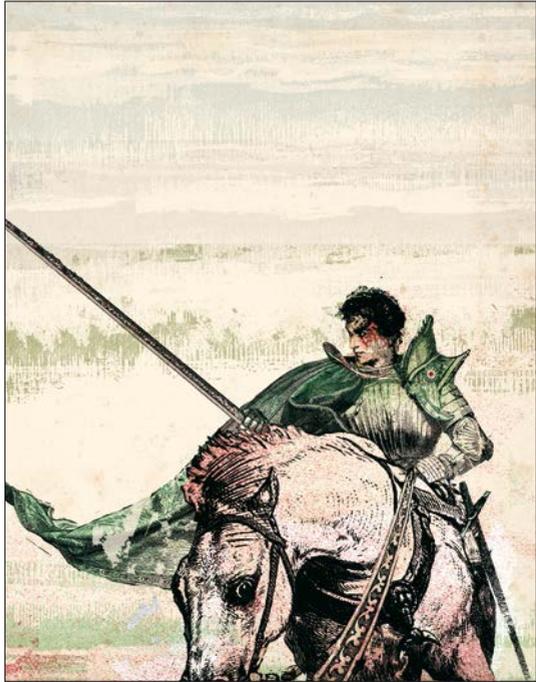
La leyenda del rey **Arturo** y sus caballeros

A. Dalmases

Ilustraciones

P. Ginard





La leyenda del rey Arturo y sus caballeros

A. Dalmases

Ilustraciones

P. Ginard

Combel
EDITORIAL

ÍNDICE

1	Nacimiento e infancia de Merlín	9
2	La torre del usurpador	19
3	La dinastía de los Dragón	27
4	Uterpendragón	39
5	En busca de un rey	49
6	El error y la felicidad	63
7	Excálibur y el barco sin rumbo	73
8	Boda de Arturo y Ginebra	83
9	Fiesta en Camelot. Gawain y Pellinor	93
10	Merlín y Viviana	105
11	La maldad de Morgana	121
12	Lancelot, el caballero de la carreta	133
13	El Puente de la Espada	145
14	El gran combate	157
15	Mordret	167
16	La muerte de Arturo	181
	Epílogo	189

[1]

Nacimiento e infancia de Merlín

El demonio –de todos es sabido y así lo cuenta la historia– no descansa nunca en su empeño de sembrar el mal. Vencido y lanzado a las tinieblas del infierno por las fuerzas del Bien, trama desde siempre mil formas para confundir a los humanos y atraerlos al abismo. Así, en aquellos tiempos tan remotos en que la niebla más espesa cubría las tierras de Inglaterra, ideó un nuevo plan para apoderarse del alma de los cristianos y, tomando forma humana de apariencia seductora, se acercó a una joven bella y honrada que vivía en un apartado rincón del país. Adulándola con palabras complacientes la cortejó, tentándola y engañándola con sus malas artes y, haciéndose irresistible, le hizo perder la voluntad hasta convertirla en víctima a su servicio.

La muchacha sonreía feliz, encantada con su nuevo amigo, aunque no olvidaba cumplir sus obligaciones cristianas con la frecuencia acostumbrada. Sin embargo, transcurrido un tiempo, la relación con aquel hombre tan atractivo se hizo más intensa, hasta el día en que, contra lo que suele ocurrir entre los auténticos enamorados, el supuesto galán no mantuvo con discreción y en secreto su conquista, sino que aquel diablo de aspecto humano se dedicó a divulgar por todas partes que la pobre chica a quien había engañado era una cualquiera que no merecía ningún respeto, dando a entender que se entregaba con extrema facilidad a todo el que la halagara un poco, y que por eso había quedado encinta no se sabía de quién. Y lo hizo con la idea de des-

truir la bondad y la fama de la muchacha, para que todo el mundo creyera que llevaba la más despreciable y ruin de las existencias.

Esas calumnias y mentiras difundió el enviado del infierno, y consiguió poner en contra de la pobre chica a cuantos la conocían, que la acusaban de tener malos hábitos y de ser una pecadora, a pesar de que ella no era culpable de falta alguna, ya que simplemente había escuchado, complacida e inocente, las palabras seductoras de aquel desconocido perverso a quien creía su amigo, que ahora se revolvía en su contra. Pero como el diablo se complace buscando el mal de sus víctimas, con artes demoníacas y maléfica destreza logró convencer uno a uno a los habitantes de aquel lugar para que la juzgasen y condenasen, acusándola de ser medio bruja y medio loca, ya que ella insistía en que no había cometido ningún acto deshonesto, a pesar de que su embarazo era más evidente cada día.

En aquel estado, su belleza parecía acentuarse todavía más, cosa que contribuía a alimentar envidias y malévolas habladurías, que con odio y desconfianza propagaba la gente. Hasta que después de muchas suposiciones, bajezas y mentiras lograron obligarla a comparecer ante los jueces, que le pidieron razón de quién era el padre del hijo que estaba esperando. Y entonces ella les sorprendió asegurando con toda su convicción y con todas sus fuerzas que aquel hijo que esperaba no tenía padre.

Los jueces, evidentemente, no creyeron que aquello fuera posible, convencidos de que pretendía engañarles, mostrando además un absoluto desprecio por las leyes humanas y divinas. La amenazaron con una severa condena por infiel y pecadora pero ella, segura de no haber faltado a ningún mandamiento, insistía respondiendo con la única verdad que conocía:

–Mi hijo no tiene padre.

Esta insistencia y la necesidad de saber qué era exactamente lo que había sucedido para que aquella mujer se negara a confesar su pecado, los inclinó a aplazar la sentencia hasta el nacimiento de la criatura. Así, mes a mes, le daban tiempo para que acabara revelando la identidad del hombre con quien compartía su culpa.

Pasaban los días. De cuando en cuando, la mujer era citada a declarar el nombre del padre de ese hijo que iba a nacer, y ella siempre contestaba lo mismo:



–Mi hijo no tiene padre.

Palabras a las que los jueces, con airada incredulidad, respondían amenazando sentenciarla a morir por hereje y por malvada. Para aumentar el temor de la mujer, el tribunal acordó llamar al sacerdote del pueblo para que confesase a la acusada y para ver si a él le contaba finalmente la verdad. El cura, que la conocía muy bien y sabía que era una mujer piadosa y serena, estaba sorprendido por la situación, pero insistió preguntándole si había cometido algún pecado del que debiera arrepentirse.

–¡Que Dios salve mi alma, reverendo Blas –contestó ella–, porque Él sabe con toda seguridad que yo no he hecho nunca nada indecoroso, ni he estado con nadie para quedarme embarazada!

El cura solo pudo decir:

–No te apures. Cuando este niño nazca, se sabrá que dices la verdad. Tengo confianza en Dios y sé que no has mentido. Él te salvará de la muerte.

Los jueces preguntaron al sacerdote si había aclarado el caso.

–Señores –les respondió–, no os explicaré todo lo que sé. Solamente os pido que mientras esté encinta cuidéis de esa mujer; ordenad que en el momento del parto la atiendan y acompañen otras mujeres.

Así lo hicieron los jueces, y el sacerdote, al marchar, se acercó a la ventana tras la que estaba encerrada la chica para aconsejarle:

–Cuando nazca tu hijo, di que quieres que lo bauticen de inmediato. Haz que me llamen a mí, que yo vendré para evitar tu muerte.

Y el niño nació. Y en el mismo instante en que vio la luz de la vida, le fue concedida parte de la inteligencia y del poder propios del diablo, ya que había sido el diablo quien lo había engendrado. Pero el diablo no contaba con la bondad de la chica ni con la fuerza que Nuestro Señor le daba, protegiéndola, porque desde que se había encontrado en aquella peligrosa situación, ella siempre había acudido a la plegaria para consolarse, sin maldecir ni dejarse llevar por la desesperación ni una sola vez. Por eso, la bondad del Señor protegía a la joven y su bebé recibió de la madre una buena parte de su buen corazón.

Cuando las mujeres que ayudaban al parto hubieron lavado y vestido a la

criatura, la llevaron ante su madre, quien, con solo tomarlo en brazos por primera vez, le miró y no pudo evitar un comentario en voz baja:

–Este niño me da miedo...

–A nosotras también –murmuraron las mujeres que la habían oído.

–Llévadle a bautizar de inmediato –pidió la madre.

–¿Y qué nombre quieres que le pongamos? –le preguntaron.

–El nombre de mi padre: Merlín.

Una vez bautizado, lo llevaron de nuevo a la madre para que le amamantara. Durante un tiempo la sentencia quedaba pendiente, ya que tenía que alimentar a su hijo. De este modo pasaron nueve meses y el niño crecía tanto que parecía mucho mayor de lo que era.

El cura, el reverendo Blas, consiguió con argumentos piadosos demorar una y otra vez la sentencia. El buen sacerdote, además, obtuvo el permiso para cuidar de la madre acusada y de su hijo. Y con el encargo de vigilarlos y averiguar la identidad del padre del niño, acompañaba las plegarias piadosas de la buena mujer.

Pasó el tiempo. Merlín aprendió a andar y creció bajo la tutela de la madre y de aquel hombre piadoso que, cada semana, daba cuenta ante los jueces y reclamaba clemencia para una mujer que tenía que educar a un hijo sin ninguna ayuda. Pero la curiosidad de los jueces no menguaba, ya que por eso habían ido retrasando la sentencia: porque temían que mandando ejecutar a la mujer nunca podrían saber quién era el padre del niño. Hasta que llegó un día en que anunciaron que finalmente dictarían sentencia, dando a entender al reverendo Blas que su paciencia se había acabado y que pensaban condenar a muerte a la impía acusada.

Así las cosas, al saber que no podían tardar en ejecutarla, una mañana que tenía al niño en su regazo, la madre le habló con lágrimas en los ojos:

–Querido hijo, yo moriré por ti, sin merecerlo. Nadie sabe cómo fuiste engendrado y nadie me cree cuando lo explico. Esta será, pues, la causa de mi muerte.

Así se lamentaba, al ver próximo su suplicio, hasta que el niño la miró y le habló con la seguridad con que lo haría una persona adulta y juiciosa:



–Querida madre, no llores ni sufras, porque en ningún caso seré yo la causa de tu muerte.

Estas palabras sorprendieron y llenaron de alegría a la mujer y a dos de las que la acompañaban en aquel momento. «¡Un niño capaz de hablar de esta manera solamente puede ser un sabio virtuoso enviado por Dios!», se dijeron.

Corrieron a llevarlo ante los jueces, que no creían que un muchacho de tan corta edad hubiera hablado con la inteligencia y claridad que las mujeres aseguraban. Pero, una vez allí, la criatura no dijo ni una palabra, a pesar de los ruegos de su madre, por lo que los jueces insistían en acabar cuanto antes aquel largo proceso. Y uno de ellos dijo:

–Esta es una nueva estratagema para retrasar la ejecución –y preguntó a las mujeres–: Vosotras que habéis estado con ella, ¿creéis que es posible que nazca un niño que no tiene padre?

–No, es imposible –respondieron ellas.

–¡Pues ya basta de mentiras! Nada se opone a que se cumpla la sentencia de manera inmediata –aseguró el juez principal–. Nosotros te condenamos a morir quemada en la hoguera, por infiel, mentirosa y bruja.

Fue entonces cuando, para sorpresa de todos, el niño habló:

–Señores, si ejecutáis a mi madre porque miente, deberéis ejecutar a todas las mujeres y todos los hombres de nuestro pueblo, porque todos, en un momento u otro de sus vidas y en cosas aún más graves, han mentido y mienten. Porque debéis saber que yo conozco todos vuestros secretos y, por ejemplo, ya que estáis tan preocupados por saber quién es mi padre, tengo que decirte a ti –señaló al juez principal– que yo sé quién es mi padre mejor que tú quién es el tuyo.

Un rumor de consternación y escándalo recorrió la sala.

–¡Merlín! –se enfureció el juez–. Si eso fuera cierto, tu madre se liberaría del suplicio mortal que le espera. Pero si no puedes demostrarlo, también tú, a pesar de ser un niño, arderás con ella.

–Que comparezca pues tu madre y se sabrá de una vez toda la verdad... –dijo Merlín.

El juez, cada vez más irritado, vio que no había otra forma de acabar con aquella enojosa situación y acordó, aconsejado por el resto del tribunal, que

en un término no mayor a los quince días se resolviera todo, haciendo que su anciana madre acudiera desde el pueblo donde vivía.

Durante este tiempo, además de la seguridad y el amor que recibía de su hijo Merlín, la madre tenía a su lado al sacerdote confesor, que ya estaba absolutamente convencido de su inocencia y rogaba a Dios que salvara a la pobre mujer y a su hijo de una condena tan severa.

Hasta que llegó el esperado día de la comparecencia. Y cuando Merlín tuvo ante sí a la madre del juez, le advirtió severamente:

–Debéis saber, señora, que, a pesar de mi edad y mi aspecto infantil, yo tengo el poder de saber todo lo que ha ocurrido en el pasado y todo lo que ocurrirá en el futuro. Os lo digo para que midáis bien vuestras palabras y no faltéis en nada a la verdad cuando vuestro hijo os pregunte.

Y el juez preguntó:

–Querida madre, dispensad el atrevimiento, pero decidnos: ¿verdad que yo soy hijo de vuestro esposo legítimo?

–Naturalmente, hijo mío –respondió ella, sorprendida por la pregunta.

–Señora –intervino Merlín de inmediato–, tened presente que yo conozco toda la verdad y que de vuestra fidelidad a lo que es cierto dependen las vidas de mi madre y la mía.

–¿Y te parece que he faltado a la verdad, demonio? –repuso enfadada.

–Señora, vos sabéis que él no es hijo de quien cree... –insistía Merlín.

–¿Y de quién es hijo, si no...? –replicó ella, nerviosa.

–¿Haréis que lo diga yo? –Merlín hablaba mirándola con piedad–. Debéis admitir que poco antes de casaros con el padre del juez, vos habíais sido víctima del ataque brutal y sucio de un desconocido, que nunca quisisteis confesar a nadie para no perder el honor. Y al notaros extraña pedisteis casaros enseguida a vuestro amado prometido, de modo que vuestro marido nunca sospechó nada, al saber que estabais encinta... ¿Os atreveréis a decir que estoy equivocado?

Cuando la madre del juez oyó aquello, que sabía que era absolutamente exacto, las piernas le empezaron a temblar, la vista se le nubló y a punto estuvo de desmayarse. Corrió con las pocas fuerzas que le quedaban a abrazarse a su hijo, llorando desesperadamente.

–¡Hijo mío querido, ten piedad de mí! Todo eso es cierto, pero toda la vida te he amado y tu padre te amó también hasta el mismo día de su muerte...

La consternación y la sorpresa eran tan grandes, que nadie entre los presentes sabía qué decir.

El juez, conmovido por el doloroso secreto que su madre había guardado durante tantos años, la abrazaba con los ojos anegados en lágrimas, dando a entender a la pobre anciana que sus sentimientos no cambiaban en absoluto después de aquella revelación.

Y todos los presentes admiraron el valor y la sabiduría del jovencísimo Merlín, que se había ganado el respeto y la libertad con sus singulares facultades.

–Ya habéis visto que mi hijo os decía la verdad –dijo, feliz, la joven madre–. Mandad ahora que venga el reverendo Blas, mi confesor, el único que de verdad ha creído en mí desde el principio, para que sepa que tenía razón y que sus plegarias y las mías han sido escuchadas.

El juez mismo relató al sacerdote lo que había ocurrido, y él quedó tan impresionado por la capacidad de Merlín, que siendo una criatura de pocos años tenía unas facultades tan extraordinarias que no entendía de dónde le podían venir. Merlín adivinó las dudas del buen hombre y sin que llegara a decirle nada le aclaró:

–No te esfuerces queriendo entender lo que no es comprensible por mente humana alguna, Blas.

–Me asusta –dijo el clérigo– tu supuesto parentesco con el diablo...

–No te preocupes. Si he sido engendrado por el diablo como dices, también he conocido la fuerza del Bien que me acerca a Dios. Ya lo has comprobado durante todos los años que me has visto crecer junto a mi madre. Tú, como sacerdote, estás preparado para comprender que el poder de Dios es mucho más fuerte que ningún otro en este mundo, y que, por este motivo, las fuerzas del mal, sometidas desde los tiempos más remotos, están siempre bajo el poder del Bien, de manera que mi magia, los dones y las facultades sobrenaturales puestos al servicio del Señor pueden ser una gran ayuda para difundir la bondad y la fe por todo el mundo.

Desde entonces, el reverendo Blas permaneció junto a Merlín y su madre, convirtiéndose en fiel cronista de la vida y de algunas acciones singulares protagonizadas por Merlín, que son las que aparecerán relatadas en una parte de este libro.

[2]

La torre del usurpador

Hubo unos años oscuros y lejanos, en que Inglaterra era una isla dividida en pequeños reinos, muchos de los cuales no eran ni cristianos. Uno de los reyes ingleses que sí seguía la doctrina de Nuestro Señor se llamaba Constant, y tenía tres hijos. El mayor era Moine, el segundo Pendragón y el pequeño Uter. El rey Constant tenía un hombre de confianza, Vertigier, un noble astuto y hábil, de valor probado, que era el caballero principal de la corte, distinguido con el título de senescal.

Cuando el rey Constant murió, todo el mundo estuvo de acuerdo en que la herencia y el reino quedaran para su hijo mayor, Moine, el cual, a pesar de su corta edad, fue coronado rey, siguiendo los consejos del senescal Vertigier. Sucedió entonces que los pueblos del norte, conocidos como sajones, declararon una guerra a todos los reinos y habitantes de Inglaterra que seguían las leyes cristianas, a los que se apresuraron a atacar sin tregua. Y como el rey Moine era casi un niño sin ninguna experiencia militar ni formación guerrera, el senescal Vertigier era quien comandaba las tropas y dirigía las operaciones y el país.

De esta manera, Vertigier demostró ser un caballero valiente y atrevido, un buen caudillo para sus hombres, que se había ganado la simpatía no solamente de los soldados combatientes, sino de todos los habitantes de los pueblos que protegía con su estrategia, hasta el punto de ser reconocido en todo el reino como señor principal.

Consciente del poder que iba acumulando, y orgulloso de haberse convertido en la figura más importante del reino, se planteó que, puesto que era insustituible, no era lógico que fuera vasallo de un rey que no sabía proteger tierras y súbditos. Y decidió renunciar durante un tiempo a dirigir al ejército del reino, dejándolo en manos del joven monarca inexperto.

Como era de esperar y él ya preveía, al cabo de muy poco tiempo los sajones empezaron a conquistar y saquear el reino. Por eso, el rey Moine se apresuró a mandarle a buscar para pedirle que volviera a dirigir la defensa.

–Por favor, querido amigo –le suplicaba el rey–, ¡ayúdame! ¡La suerte del reino y de todos nosotros depende de ti!

–Hay muchos otros nobles que me criticaban diciendo que yo tomaba el mando del país... –respondía, malicioso, Vertigier–. ¡Ahora les toca a ellos batallar!

Y no hubo modo de convencerlo, por lo que el joven rey y sus tropas siguieron acumulando una derrota tras otra ante los enemigos sajones.

Era evidente que el inexperto rey Moine era incapaz de conducir el país, que estaba al borde de su desaparición. Por eso, un grupo de nobles fueron a pedir de nuevo a Vertigier que interviniera, y lo hicieron con estas palabras:

–Estamos sin rey y sin capitán, señor. Y te queremos pedir a ti que seas nuestro rey y nuestro capitán.

–Señores –les contestó Vertigier, con evidente doble intención–, si el rey hubiera muerto y vinierais a pedirme esto, yo aceptaría con sumo placer y toda lealtad. Pero mientras Moine viva, esto es absolutamente imposible.

Ellos entendieron lo que quisieron entender. Y tomaron la decisión que Vertigier había previsto que tomarían: mataron a Moine, atacándolo a traición.

–Señor –volvieron al poco tiempo–, ya puedes ser nuestro rey, porque Moine ha muerto.

–¡Caballeros! –respondió Vertigier, que ya los esperaba–. Sois unos traidores. Habéis asesinado al rey y yo os aconsejo que huyáis, si no queréis que los otros nobles del reino os maten en cuanto lo sepan. Os aseguro que a mí también me enerva veros aquí...

Perplejos y asustados, comprendieron que no les quedaba otro remedio que

huir, ya que habían sido víctimas de su precipitación y de la maniobra astuta del antiguo senescal.

Muerto Moine, pues, Vertigier fue proclamado rey, y asistieron a la ceremonia de la coronación los dos preceptores de los otros dos príncipes jovencísimos, Pendragón y Uter, que enseguida se dieron cuenta de que quien había sido senescal era un hombre lo bastante astuto y malicioso como para haber tramado el asesinato de Moine.

«Ahora que ha conseguido ser rey –se dijeron–, Vertigier no parará hasta hacer desaparecer a estos dos infantes que nosotros cuidamos. Y, claro está, también mandará que nos maten a nosotros».

Por este motivo, sigilosamente, los dos preceptores tomaron a los jóvenes príncipes Pendragón y Uter, y huyeron hacia Oriente, a las tierras de donde se decía que provenían sus antepasados.

Al mismo tiempo, enterados de que Vertigier ya había sido coronado, los antiguos asesinos de Moine volvieron para pedir al nuevo señor los favores que por su acción creían merecer, ya que le habían facilitado el camino al poder. Pero Vertigier no quiso ni escucharlos.

–¡Prended a estos hombres! –clamó en cuanto se presentaron ante él; y mostrando su astuta e implacable maldad, ordenó–: Ejecutadlos, porque ellos fueron los asesinos de nuestro joven rey, el amado Moine, y ahora pretenden acabar también conmigo, ya que ocupo el trono que ellos hicieron que quedara vacante.

Los familiares, parientes y amigos de los condenados se presentaron ante él pidiendo una clemencia que no obtuvieron. Por eso, una vez que los nobles habían sido ajusticiados con todo el deshonor de los traidores, renegaron del nuevo rey, diciendo:

–Sanguinario Vertigier, no solamente no te reconocemos ningún derecho a la corona que has usurpado y renegamos de ti como rey y señor del país, sino que además te juramos que lucharemos en tu contra mientras uno de nosotros quede con vida para hacerlo. A partir de ahora te desafiamos. Has de saber, pues –concluyeron– que tú morirás como han muerto nuestros parientes.

Así comenzaron las hostilidades entre Vertigier y un grupo de nobles que fue en aumento día tras día, hasta el punto de que empezaron a ganarle terreno.

Estos ataques provocaron una situación tan desesperada y peligrosa, que el usurpador, encontrándose sin salida, tomó la determinación de firmar la paz con los enemigos sajones, pasando por alto todos los crímenes y ofensas que en el pasado habían infligido a su pueblo. Y en su deseo de encontrar aliados, no abandonó únicamente la práctica de su fe, sino que tomó como esposa a una noble sajona, convencido de que este matrimonio sellaría la alianza con los infieles y lo protegería de los ataques de su antiguo pueblo, así como también de las reclamaciones de Pendragón y Uter, los hijos del rey Constant y hermanos de Moine, que empezaban a difundirse por todo el reino.

Y en su obsesión por protegerse, Vertigier tuvo además la idea de hacerse construir una torre vigía muy alta, extraordinaria, desde la que pretendía otear y prevenir cualquier ataque, por lejana que fuese su procedencia.

Puso a trabajar sin descanso a sus hombres en la construcción de esa ambiciosa torre. Pero cuando estaban a punto de coronar la obra y darla por terminada, se derrumbó con estrépito. El miedo del senescal traidor iba en aumento, y por eso ordenó empezar la obra de nuevo para volver a levantarla enseguida. Pero otra vez cayó la torre poco antes de estar terminada. Y todavía al tercer intento se hundió por tercera vez.

Vertigier, furioso y obsesionado, no entendía los motivos de estas desgracias. Para él, sólo podía tratarse de alguna maldición que no sabía comprender, y mandó llamar a sabios y clérigos, pidiéndoles, desesperado, que encontraran a alguien especializado en astrología o algún arte de adivinación, capaz de prever el futuro y explicarle por qué la torre que quería levantar caía a cada intento.

Los sabios tardaban y tardaban en tomar una decisión que valiera como respuesta al enigma, ya que todos ignoraban los motivos de la mala suerte de Vertigier. Naturalmente, ninguno de ellos se atrevía ni siquiera a pensar que la desgracia pudiera atribuirse a un castigo provocado por las malas obras de aquel rey usurpador, al haber destruido el reino y pactado con el enemigo,



La leyenda del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda constituye un entramado de aventuras que han ido tomando forma a lo largo de los siglos de la mano de varios autores; es lo que denominamos *ciclo artúrico*, que narra los acontecimientos protagonizados por el rey Arturo y la reina Ginebra, Merlín y el caballero Lancelot, entre otros. Esta obra recoge en un solo libro y con un lenguaje moderno los hechos de estos y otros héroes de la corte de Camelot. El autor de esta versión de las leyendas artúricas, Antoni Dalmasas, ha trasladado con acierto la épica de la aventura caballeresca medieval a un lenguaje actual que sabrá captar el interés del lector de hoy. Las magníficas ilustraciones de Pere Ginard, tan sugerentes y llenas de significado, recrean espléndidamente el ambiente y los personajes de una narración fundamental de la literatura europea. Sin duda, este es un título que no podía faltar en la colección «Tiempo de clásicos».

TIEMPO DE CLÁSICOS

